

ALBERTO C. TAQUINI (h)

Presidente de Honor de la Academia Nacional de Educación

Sr presidente, Sras. y Sres. Académicos, Señoras y señores invitados, queridos amigos de esta Academia

Recibimos hoy con inmenso entusiasmo y gratitud -y, en mi caso, con una gran emoción- a Alberto Taquini como nuestro Presidente de Honor.

Hoy es, sin duda, una ocasión memorable, que muchos recordaremos como uno de los grandes momentos en la historia de nuestra Academia.

No solo porque es una distinción que nos honra a todos. Sobre todo, porque es también, en el fondo, toda una ratificación de nuestra concepción acerca del presente y del futuro de nuestra Academia Nacional de Educación en la sociedad argentina.

Creo que, con esta designación, los académicos de educación reconocemos y situamos en la cúspide de nuestra institución no solo a una personalidad fundacional de nuestra Academia sino también a una de las figuras más representativas de la relación entre nuestro sistema educativo y nuestro sistema de desarrollo científico y tecnológico.

Alberto Taquini es, en efecto, el gran heredero de uno de los momentos más brillantes de la Ciencia Argentina. De aquel momento estelar, de aquel instante de extraordinario esplendor, en el que nuestro país diseñó y puso en marcha su actual sistema de investigación científica e implementó además la dinámica actual de su sistema de educación superior.

Creo que este es un dato central que deberíamos subrayar, en momentos en que, una vez más en nuestro ciclo pendular de progreso y decadencia, algunos sectores dirigentes vuelven a someter a debate la relación entre el sistema educativo y el proceso de desarrollo científico y tecnológico.

En este nuevo extremo del péndulo, creo que volvemos a atravesar por un momento de repliegue en las ideas, en nuestras capacidades y en el ritmo y la velocidad para sumarnos a los cambios globales.

Un momento en el que las dudas y las incertidumbres vuelven a postergar nuestras certezas y nuestra capacidad de realización.

Un momento por ello de balance y de reflexión. Un punto de inflexión histórica, como bien nos dice nuestro querido y admirado Alberto. *“A escala global – ha escrito recientemente Taquini-, se acumulan evidencias de que las instituciones educativas —tal como fueron diseñadas en los siglos XIX y XX y administradas durante gran parte del siglo XXI— ya no logran cumplir de manera consistente con las promesas que las legitimaron: aprendizaje significativo, movilidad social, integración productiva y cohesión social”. “Este fenómeno -subraya- no adopta*

la forma de un colapso abrupto, sino de una erosión progresiva del sentido, la eficacia y la legitimidad del sistema educativo formal”.

En este punto estamos, Sras. y Sres. Académicos, queridos amigos que nos acompañan:

Por un lado, ante un diagnóstico estructural de agotamiento del modelo escolar tradicional —expresado por Alberto bajo la noción sin duda inquietante y disruptiva de **Game Over**—

Por otro, ante la emergencia de nuevas vías de aprendizaje y acreditación. Estas nuevas vías son tanto incrementales como radicales, y las agrupa Taquini bajo la noción de **Over Take**.

Además, la irrupción violenta de la inteligencia artificial ofrece, un marco contextual concreto y ya irreversible para el desarrollo de modelos radicales, 100 % disruptivos respecto del sistema tradicional.

Mientras la nube y la inteligencia artificial permiten aprendizajes personalizados e inmediatos, la escuela opera con tiempos fijos, contenidos uniformes y evaluaciones estandarizadas.

El punto de partida de Alberto Taquini, la perspectiva desde la cual vuelve una vez más a convocarnos a la reflexión y a la acción es la del científico.

No la del heraldo dogmático o la del tecnócrata de la educación y mucho menos aun la de del propugnador de una filosofía de la decadencia que cede a la tentación retrospectiva de retorno a una pretendida edad de oro – ese rasgo por cierto hoy tan común en ciertos sectores de la dirigencia argentina.

Su punto de partida es por ello la paradoja del no-saber: la paradoja de la ignorancia: cuanto más sabemos menos sabemos.

“Nunca hubo tanta escolarización -escribe Taquini- y, al mismo tiempo, nunca fue tan débil el vínculo entre escolaridad y aprendizaje real. Este desfase no es ideológico ni coyuntural; es estructural y global. Atraviesa países ricos y pobres, sistemas centralizados y descentralizados, escuelas públicas y privadas, universidades de élite y de masas. Cambian los discursos, pero el núcleo permanece: un sistema diseñado para administrar poblaciones homogéneas en tiempos de estabilidad ya no puede responder a sociedades heterogéneas, aceleradas y atravesadas por tecnologías que modifican la forma misma de aprender

Esta es la rebeldía del científico frente a las paradojas de la ignorancia.

Cuanto más sabemos -no solo cuando más creemos que sabemos-, sino cuanto más logramos efectivamente saber, mayor es nuestra ignorancia. Cuanto más conocemos, más conscientes somos de lo poco o nada que sabemos.

Lo que es sin duda más grave desde el punto de vista de la sociedad, es que precisamente por ello, nunca el nivel de nuestros conocimientos había sido tan importante y, a la vez, tan sospechoso. Nunca habíamos necesitado y ansiado

tanto saber y, al mismo tiempo, nunca hemos desconfiado tanto de lo que en definitiva alcanzamos a saber.

Desconfiamos, y con muy buenas razones, tanto de los procedimientos como de los productos de nuestro conocimiento. Jamás habíamos depositado tantas esperanzas y jamás hemos sufrido tantas y tan profundas frustraciones. Hasta el punto de sentirnos secretamente hasta heridos, ofendidos, lastimados por la precariedad de lo que creíamos haber aprendido.

De allí el resentimiento abierto con que vivimos los avances de la ciencia. El escepticismo general que suscita la relatividad de nuestros progresos. Su provisoriedad y vulnerabilidad ante nuestras posibilidades y oportunidades vitales.

Esta es sin duda la explicación de ese incomprensible encono, de esa falta de racionalidad de los debates de esa incapacidad para la construcción de consensos que en todo el mundo afecta a las reformas educativas

I

Hay pues una lógica muy profunda en este homenaje. Una dinámica que trasciende la grata circunstancia que nos convoca y que nos dice mucho acerca de quienes somos y cuál debe ser nuestra tarea en este tiempo que nos ha tocado vivir.

Para tener una medida de la dimensión y estatura de nuestro presidente de Honor, tal vez ayude un recuerdo personal. ¿Cuándo conocí a Taquini? Lo conocí desde adolescente, allá por mediados de los años 60. Nacido y criado en un hogar de universitarios, de rectores y de funcionarios, en el que “los Taquini” eran un nombre común, de todos los días. No era para menos. Alla lejos, en Buenos Aires, los Taquini encabezaban una verdadera revolución.

Una revolución en las ideas, en la gestión universitaria, en la transformación estructural de la investigación científica y de la enseñanza y la educación común. Una revolución en la Revolución (en la Revolución Argentina en este caso). En la innovación institucional de las reglas de juego. Es decir, la única revolución que verdaderamente importa.

Eran Taquini padre, el primer secretario de Ciencia y Tecnología, el fundador de la Cardiología moderna, el diseñador de nuevas instituciones y de esa gran promesa argentina que fue el CONICET. Y también, por supuesto, “Taquinito”, un joven que, con apenas 31 años, sacudía las ideas recibidas y polemizaba incluso con las juntas militares argentinas, con las doctrinas de la Seguridad Nacional y que redefinía para siempre las ideas recibidas en temas tales como, nada más y nada menos, la relación entre Universidad y desarrollo científico y tecnológico.

Los debates eran en casa fervorosos. Mis padres militaban abiertamente en el bando opuesto al de los Taquini. Ambos -mi padre y mi madre- eran funcionarios en Buenos Aires, primero de Nino Salonia y luego de Dardo Perez Guilhou, quien desde el Ministerio de Educación se alineaba en la perspectiva oficial de las

fuerzas armadas. Puntos de vista y posicionamientos que eran desafiados ni más ni menos que por “los científicos”.

Los científicos y, sobre todo, los médicos. Ya entonces y como siempre huesos muy duros de roer. Ya se les habían “plantado”, en los primeros cuarenta a los revolucionarios del 43 y, en el 55 ni más ni menos que a Aramburu y Rojas.

Fue esa una época de grandes maestros, de dimensión y escala mundial, de reconocimientos internacionales, de tres de nuestros premios Nobel, de formación de disciplinas enteras y de escuelas científicas y profesionales.

Los científicos eran liderados por gente de primera, mundialmente reconocidos y pertenecientes a los mejores sectores sociales argentinos. Gente toda de ideas firmes y muy sólidas, abrevadas en las mejores fuentes internacionales, muy seguros de sí mismos y de lo que representaban.

Gente dura, irreductible, como sin duda siguen siéndolo hoy nuestros científicos y nuestros médicos. Gente recia, preparada y acostumbrada a vivir lo que Mario Vargas Llosa ha llamado “tiempos recios”. Gente de pensamiento y, sobre todo, gente de acción.

Fue esta una batalla que ganaron los científicos. Es por eso, precisamente, que tenemos aun las instituciones públicas que tenemos, las universidades públicas y los niveles de investigación con que contamos, capaces de resistir el cerco y las pretensiones recurrentes de los gobiernos de turno.

Volví a encontrarme con Alberto a finales de los 80 ya en plena transición democrática. En ocasión del Colegio Electoral de 1989, en mi carácter de alto funcionario del gobierno de Alfonsín, me toco presidir la sesión inaugural del Colegio Electoral. En ese momento turbulento, diría que volcánico, volví a encontrarme con Alberto. Con el Taquini ciudadano de primera. No solo espectador. Siempre protagonista.

Esta vez como primer elector en la formula Angeloz- Guzman.

Aquel Taquini tenía ya 54 años y había logrado una solución política milagrosa, casi alquímica, entre el radicalismo del interior y los partidos de centro de casi todo el país. Algo aún hoy imposible de pensar desde una perspectiva que no fuera la de la imaginación, la creatividad y el conocimiento muy profundo del país de Alberto Taquini.

EL Taquini que llegó hasta nosotros en aquel momento era ya un hombre maduro, conocedor consumado de toda la Argentina y de su gente. Investido ya de un inmenso prestigio como científico, como educador, sobre todo como fundador de instituciones. Un Taquini poseedor de ese capital tan escaso en las democracias modernas que es la confianza.

Porque es bueno, es decir, en este momento, que Alberto es uno de esos personajes indispensables en todas las sociedades, cuya capacidad fundamental es inspirar, transmitir, construir y establecer lazos de confianza.

Para mi aquel Alberto fue una sorpresa fascinante. Encontrar un interlocutor culto y confiable en esa figura madura y tan experimentada en el conocimiento de las personas, en este profesor y decano de la UBA, profesor regular como yo, con mis mismos códigos y reflejos condicionados. Creo que la química fue inmediata y ese operador elegante e imaginativo de Cristina Guzman rápidamente se reveló como un político carismático, pleno de recursos y habilidades en el terreno sinuoso de la política.

Probablemente Alberto no descubría la política. Atesoraba la energía y el entusiasmo de aquel comando civil del 55 que vemos en las fotos del juramento del presidente Lonardi. O el de aquel joven que también vemos que lo acompaña en la ceremonia de su renunciamento.

Allí conocí y aprendí a admirar al Taquini paciente y experimentado. Al administrador de los tiempos que insumen los cambios, al hombre de campo, respetuoso de los climas, las reglas del arte y las condiciones del cultivo -desde la semilla, la germinación, el riego y el siempre lento despertar del tallo, el futo y de la cosecha. Ese es, precisamente, el espíritu profundo de la educación.

Este Taquini es el Taquini de siempre, Un hombre que, al igual que su padre, se define a sí mismo como un hombre “de la calle”. Un observador atento de la realidad, abierto siempre a la observación y al detalle. Alguien que disfruta de la soledad pero que, a la hora del trabajo, constituye equipos, piensa en equipo y trabaja en equipo.

Un arte difícil que aprendió sin duda desde muy niño en esa escuela formidable de los laboratorios científicos y, al mismo tiempo en esa experiencia tan opuesta como son las labores cotidianas del campo argentino, un ámbito en el que Alberto vive y se destaca con rasgos notables.

Estoy seguro de que este Taquini pleno de hoy se nutrió tanto de los grandes científicos de su tiempo, de los maestros eximios de la investigación de París, Michigan Ann Arbor, Harvard, Princeton o Chicago como Bernardo Houssay, como Eduardo Braun Menendez, como Luis Federico Leloir o como Taquini padre, como de los más humildes peones de campo, con quienes convive a la hora de ejecutar esas labores que Alberto conoce como nadie.

Taquini es alguien que sabe que la verdad es sinfónica, una realidad por definición compartible, comunicable, gestada con método y con paciencia a través de la gestión lenta y gradual del experimento científico, de la constatación empírica de la prueba y del error.

Alberto es alguien que sabe muy bien que las ideas que realmente transforman la realidad no vienen precisamente de “las fuerzas del cielo”, vienen del trabajo y del compromiso metódico. Es alguien que ha visto pasar y esfumarse liderazgos carismáticos y que mira con paciencia la velocidad vertiginosa con que, en política, “todo lo sólido se desvanece en el aire”. Alberto suele recordar el lema que distribuían Houssay y su padre a sus discípulos investigadores: 10% de inspiración y 90% de transpiración”.

II

Una mínima reseña y semblanza biográfica de alguien que todos conocemos y admiramos

Alberto Carlos Taquini Azumendi, nació en Buenos Aires el 21 de enero de 1935. Descendiente, con la vitalidad y la genética característica, de vascos y de italianos. Es hijo, como dije, del Dr. Alberto C. Taquini, como el mismo Alberto, un investigador y uno de los profesionales y científicos más insignes que ha dado nuestro país.

Ambos representan ese vínculo esencial entre la ciencia y la educación, una relación hoy más indispensable que nunca al diseñar nuevas instituciones y marcos regulatorios que deberán orientar nuestro país hacia los nuevos horizontes de desarrollo en un tiempo cargado de desafíos e incertidumbres.

Los Taquini forman parte de toda una generación, a la cual debe sus mejores avances e instituciones en ciencia básica, ciencia aplicada, tecnología y educación. Sus nombres se inscriben en un panteón en el que figuran, entre otros, nuestros premios nobeles Bernardo A. Houssay, Luis Federico Leloir, Cesar Milstein y un grupo de científicos y educadores de dimensión mundial como Eduardo Braun Menendez, Virgilio Foglia, Miguel Covian, Risieri Frondizi, Vicente Fatone, Jose Babibini, Venancio Deulofeu, Luis Santalo, Felix Gonzalez Bonorino y tantos otros, que ya sea en el campo de las ciencias básicas o en las ciencias aplicadas marcaron los rumbos que hoy transitamos en las instituciones públicas y en particular la Universidad de Buenos Aires.

Todos ellos respondieron a una matriz y un perfil común. El tipo de científico, comprometido con las ciencias, el cumplimiento del deber, la devoción abnegada con el trabajo académico, el oficio y la vocación de enseñar y aprender, la formación de discípulos y colegas y el cultivo de los valores de las instituciones que diseñaron, fundaron y consolidaron, venciendo las dificultades innumerables que les plantearon las circunstancias permanentes de crisis política y económica del país.

Desde muy joven, Alberto se unió al equipo de investigación dirigido por el Dr. Bernardo Houssay en el Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, convirtiéndose en jefe de investigaciones. El instituto fue un centro de excelencia a nivel mundial.

En el campo de la educación no necesito ciertamente presentarlo. Sus realizaciones y su obra son acaso uno de nuestros principales insumos en esta Academia. -

Basten algunos aspectos de esa trayectoria que creo conveniente subrayar en este momento en que vamos a reconocerlo como nuestro presidente Honorario.

Alberto se graduó muy joven, apenas a los 24 años como médico y desarrollo una carrera brillante como docente e investigador en todos los niveles. Es doctor en Medicina por la Universidad de Buenos Aires, y trabajo en el Instituto de

Investigaciones Cardiológicas de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires con el Dr. Pedro Blaquier y bajo la dirección de su padre.

Aguardamos con entusiasmo tus memorias Alberto. Nos son a todos indispensables. Allí nos contarás seguramente, querido Alberto, como, desde muy chico, ibas los fines de semana al Instituto de Fisiología de la vieja facultad de la calle Córdoba de la mano de papá a ver cómo se controlaban los perros hipertensos. Allí conociste al Dr. Bernardo Houssay. Cuando tenías apenas 3 años, en una tarde de fin de semana en la quinta familiar de Bella Vista, Houssay te enseñó a leer la hora en su reloj de bolsillo. Estuviste siempre a la vera de Houssay, hasta su muerte. Fue testigo de tu casamiento con María Martha y te entregó el diploma de profesor de Fisiología en la Facultad de Farmacia de la UBA. Te invitó inmediatamente a la reorganización de las cátedras de Fisiología de las Universidades del Noreste y Litoral (en Rosario). En esta nuestra Academia Nacional de Educación, tienes el honor de ocupar el sitio que lleva su nombre.

Alberto, queridos Académicos, ha transitado y concursado en nuestra Universidad de Buenos Aires todas las etapas de la carrera docente hasta llegar al cargo de profesor con dedicación exclusiva en Fisiología Humana. Fue por tanto profesor titular Regular con dedicación exclusiva y finalmente decano de la Facultad de Farmacia y Bioquímica.

Fue Investigador en la Carrera del CONICET. Fue presidente de la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires y jefe de Gabinete de la secretaria de Estado de Ciencia y Técnica de la Presidencia de la Nación.

Fue en dos ocasiones presidente de la Asociación Argentina para el Progreso de la Ciencia, institución fundada por Bernardo Houssay, clave para entender el desarrollo de la ciencia en nuestro país

Bueno es recordar que, en la AAPC, la Revista de Ciencia e Investigación creada en 1945 por Houssay y Braun Menéndez fue no solo fue el órgano de difusión del CONICET durante dos décadas. Por sobre todo, opero como instancia de mediación entre el Estado y los investigadores para el otorgamiento de subsidios a la investigación, fondos de becas y mecanismo de gestión de importantes fondos tanto públicos como privados.

En la década de 1930, la institución jugó también un papel importante en la creación de las instituciones oficiales de Ciencia y Técnica de la Argentina, comprendiendo la necesidad de un organismo de investigación a nivel nacional. Los miembros de la AAPC impulsaron en 1958 la creación del CONICET. El grupo original de la Revista integrado por Houssay, Leloir, Deulofeu, Santalo, Braun Menéndez, Lanari, Villamayor, Camacho, Stoppani, Balanzat, Olivera y Taquini padre, la generación fundacional de las ciencias “duras” en el país, que estaban en la AAPC, fueron el primer directorio del CONICET.

El trabajo y la obra de Alberto Taquini en el campo del desarrollo educativo es casi imposible de sintetizar.

Personalmente, creo que no hay ninguna figura individual que haya influido tanto y de modo tan perdurable en el desarrollo de nuestro sistema de educación superior como Alberto Taquini. Es este un juicio de valor en el que coincido con varios especialistas. La mejor demostración es el aprecio y el reconocimiento universal de que goza en todos los ámbitos de la académica, la política y la vida empresaria de nuestro país.

Es hoy también hoy director general de Colegio Belgrano Day School, y miembro muy activo del Departamento de Pastoral Universitaria de la Comisión Episcopal de Pastoral Universitaria de la Conferencia Episcopal Argentina.

Como no recordar su profunda amistad filial con Estanislao Karlik y desde los años 80 su condición de miembro de la Comisión de Fe y Cultura y luego de la Comisión de Universidades de la Comisión Episcopal.

Recordemos, por un momento, su trabajo como líder del encuentro “*Desafíos actuales de la Universidad desde la globalización y Laudato Si*”, Convocado por la Comisión de Pastoral Universitaria y la Congregación para la Educación Católica de la Santa Sede, una reunión internacional agrupó a 65 especialistas de Argentina (Rectores funcionarios y especialistas en educación superior) realizado en el Vaticano y continuado después por el “Congreso Interuniversitario Laudato Si”, organizado por el CIN, el CRUP y la Conferencia Episcopal Argentina.

Durante más de cincuenta y cinco años, Taquini, ha organizado e impulsado debates, congresos, grupos de trabajo, comisiones legislativas y propuestas de transformación, hoy reunidas en sus libros y contribuciones académicas.

Taquini integra y seguirá integrando grupos de trabajo dedicados al desarrollo de la enseñanza superior y de las universidades de las provincias argentinas. Su presencia constituye y seguirá constituyendo por muchos años un factor de impulso y entusiasmo permanente de los indispensables consensos que requiere la transformación estructural de nuestro sistema educativo.

Ha publicado más de 60 trabajos y ocho libros que reúnen sus propuestas y el balance de su vasta tarea en materia de desarrollo educativo.

En 1968, fue el autor y principal impulsor del Plan de creación de nuevas universidades. Este plan nació de la idea inicial de descentralizar la Universidad de Buenos Aires y del debate siempre presente de la no a la relación conflictiva entre la “universidad de los saberes” (investigación) y de las “universidad de las profesiones” (enseñanza).

Los interrogantes que inspiraron EL Plan Taquini y que Alberto ha desarrollado durante toda su vida siguen siendo interrogantes cruciales no resueltos en nuestro país.

El Plan tematizó, en efecto, la relación entre el sistema educativo y la sociedad. Avizoró También y en parte resolvió los grandes temas del desarrollo territorial y anticipó una agenda que la evolución posterior de las políticas públicas ha

consolidado, en una muy clara de línea de continuidad que destaca por sobre rupturas, discontinuidades e interrupciones.

He recordado y deseo subrayar muy especialmente que las ideas de Taquini y la generación de su padre nacieron y se desarrollaron desde la comunidad universitaria y desde ámbitos muy selectos en que se opera la relación entre la educación y el sistema científico y tecnológico.

Esas ideas nacieron, como en todos los países del mundo, desde arriba hacia abajo. No a la inversa. Precisamente por eso acertaron desde un principio en la identificación de algunos de los núcleos temáticos más importantes del debate en toda la región.

Así, por ejemplo, cuestiones tales como la relación entre universidad de científicos vs. Universidad de masas. O la cuestión del tamaño de las universidades, o la búsqueda de modelos integradores entre la docencia y la investigación. O las modalidades de relación entre la universidad y los objetivos del desarrollo nacional.

Fueron ideas que surgieron en un ambiente de excelencia y de alta exigencia como el que sin duda constituían el núcleo selecto de investigadores, profesores, gestores institucionales y académicos de la trascendencia de Houssay, Olivera o Taquini, en instituciones que reflejaban niveles de avanzada adquiridos en el contacto frecuente con los mejores núcleos de investigación y docencia del exterior.

Precisamente por ello, con mucha razón, se ha calificado este periodo como una “edad de oro” para la Universidad argentina en general -sobre todo, entre 1956-1966, y en particular hacia la Universidad de Buenos Aires.

El Plan Taquini se tradujo en el aumento del número de universidades públicas en el país de 10 a 23 para 1973 (y ya a 40 en 2010) Hoy hay en la Argentina 131 universidades- 63 públicas y 68 privadas.

La dinámica de este proceso entre mediados de los años 60 y la actualidad ha situado al sistema argentino de educación superior, con sus fortalezas y debilidades, en una posición de liderazgo dentro de toda la Región, evidenciada sobre todo por sus logros en el difícil terreno de la certificación y evaluación de la calidad educativa.

III

Hoy persisten y se profundizan, sin embargo, muchas de las dificultades del sistema educativo, algunas experimentadas desde siempre y otras a partir precisamente a partir de del logro y superación de muchas de las metas iniciales.

Así, por ejemplo, los efectos de la masificación, las resistencias de la formación enciclopedista a asumir las nuevas agendas de la sociedad del conocimiento, la captura política de las instituciones, la pérdida de sustancia académica de los estudios, el divorcio de las necesidades y prioridades de una sociedad en cambio, las resistencias a asumir las condiciones del cambio global.

No podemos ignorar que el problema se agrava y se profundiza a la luz de la escalada de nuevas demandas sociales largamente insatisfechas. El desempleo, la pobreza, la exclusión social, la discriminación y hasta los problemas de la violencia y la cultura cívica son referidas de modo cada vez más directo y automático a las deficiencias de un sistema educativo que no incluye, no integra y no capacita a vastas mayorías de la sociedad, desplazadas de todo acceso a nuevas oportunidades de vida.

Pensemos en algunas cifras básicas. En 2025, el 53,6% de los niños, niñas y adolescentes en la Argentina urbana vive en hogares pobres y el 10,7% en situación de indigencia. Estos datos reflejan la persistencia de déficits estructurales que condicionan el desarrollo de las infancias, incluso en un contexto como el actual, de cierta mejora en algunos indicadores sociales.

Esta cifra general para todo el país no lo dice todo. Pensemos que 76,7% de los niños, niñas y adolescentes del Conurbano bonaerense viven en hogares cuyos ingresos no alcanzan la Canasta Básica Total (CBT). Esto implica que 3 de cada 4 chicos son pobres.

Hay factores y barreras menos visibilizadas, pero igualmente importantes. Un 55% a nivel país carece de actividad física, un 83,8% carece de acceso a actividades culturales), un 27,3% reconoce para generar amigos. Factores todos que afectan la salud psicológica con impacto en los aprendizajes. Un 18,1% revela síntomas de tristeza o ansiedad.

Para no hablar de barreras materiales que un 49,6% carece de computadora en el hogar y un 57% carece de computación en la escuela). Ni pensar en el corte socioeconómico que destroza todos los porcentajes promedio. Pensemos solo que 85,4% caree de computadora en los estratos sociales y los hábitats más bajos. Realidades que alcanzan abismos incomprensibles en todos los conurbanos del país, incluidas aquellas provincias que más se destacan por la reactivación de sus economías.

Los especialistas coinciden: cuando el 52% de los jóvenes no logra visualizar su futuro laboral, no estamos frente a una falta de aspiraciones individuales, sino frente a un sistema que necesita reconstruir referencias, vínculos y oportunidades para proyectar un futuro posible” -concluye un reciente informe de la ONG “Argentinos por la Educación”. Más de la mitad de los estudiantes de 15 años expresan incertidumbre sobre qué ocupación tendrán en la adultez. La proporción aumentó 30 puntos

A todo esto, se suma la realidad también oprobiosa, indignante, inaceptable del ausentismo docente superior al 30%, factores todos asociados, que incide en desigualdades regresivas que el clima social tiende a profundizar.

Es en este punto que nos interpela la nueva convocatoria de nuestro nuevo presidente de Honor.

Ya es tarde nos dice Taquini. Demasiado tarde, irremediablemente tarde.

No es esta una dificultad que Alberto Taquini no haya vivido antes Cabe tener en cuenta que las ideas de Taquini jamás evolucionaron en el vacío.

Muy por el contrario, Alberto siempre navego contra la corriente. Sus ideas fueron siempre ideas disruptivas, en la medida en que desafiaban el saber convencional y llamaban a integración de perspectivas multidisciplinarias.

Avanzaron siempre contra el statu quo, desbaratando conspiraciones y suspicacias, venciendo objeciones y dificultades de toda índole, planteadas ya desde el propio poder político – corporizado incluso en el propio Ministerio de Educación de aquel momento, del Consejo de Rectores de Universidades Nacionales y de sectores importantes de la comunidad universitaria.

Las objeciones que Alberto se vio obligado a enfrentar surgieron casi siempre desde corrientes importantes de pensamiento, con tendencia a predominar y determinar la orientación del péndulo.

En épocas democráticas se han expresado en la tendencia a la conducción excesivamente descentralizada y el direccionamiento de los recursos y esfuerzos más bien en la consolidación del sistema científico y tecnológico y en el fortalecimiento del sistema universitario.

En épocas autoritarias -ya sean militares o civiles- en un interés obsesivo, casi monográfico por los problemas de la alfabetización y la educación primaria.

Pero para Alberto, the game is over y el nuevo dato es sin duda el del cambio de época. El problema ya no es la escuela como espacio simbólico ni la figura del docente como mediador cultural.

El problema central es su pretensión de exclusividad: la idea de que solo dentro del sistema formal ocurre el aprendizaje válido y que todo lo que sucede fuera de él es marginal, informal o de menor valor.

Esa idea funcionó durante un largo período histórico. Sin embargo, hoy se ha convertido en un obstáculo. La sociedad civil avanza más rápido en sus transformaciones y ofrece conocimientos y capacitaciones no formales que ya son reconocidas por la sociedad y por el mundo del trabajo.

Por primera vez en la historia, millones de personas pueden aprender sin autorización institucional, sin coincidencia de tiempo y espacio e, incluso, sin depender exclusivamente de un mediador humano.

Se quiebra así un aspecto central del sistema heredado que es el de la superposición entre los espacios respectivos de la enseñanza, la evaluación y la certificación.

Una quiebra disruptiva para un sistema que construyó su legitimidad social, su base de financiamiento y su poder simbólico sobre la coincidencia entre enseñar, evaluar y certificar.

La reacción casi natural ha sido defensiva, incorporando sistemas y avances tecnológicos, aunque sin alterar la lógica de fondo.

La realidad es que cuando mejor, peor. De allí que sean las instituciones privadas las que tropiezan con las mayores dificultades, mayores complejidades administrativas, mayores costos y dificultades paradójicamente cada vez mayores.

Hemos finalmente cobrado conciencia de que es ya demasiado tarde. **Game over.**

La propuesta de Taquini es asumir las perspectivas de cierre de época que se abren. Alberto es un científico. Está muy lejos de profesar perspectivas apocalípticas. Cree más bien en la perspectiva del cierre de un tiempo histórico abierto a alternativas.

Su **Game Over** es la constatación de un hecho: el sistema educativo, tal como fue concebido, ya no explica plenamente el mundo que habitamos. Los **overtakes**, - las estrategias de “adelantamiento” y superación del obstáculo, que se abren pueden ser tanto graduales e incrementales como radicales, y más bien insinúan que imponen caminos posibles para reconfigurar el sentido de aprender y certificar en el siglo XXI.

Overtake no es simplemente superar en un camino. Es sobrepasar, es avanzar más allá ofreciendo otra velocidad y otras perspectivas. Marca una dimensión hasta cierto punto cualitativa.

No es una falla de las personas. – nos dice Taquini- *Es un límite estructural del formato.*

Su invitación es a un futuro que dependerá de la capacidad y la velocidad de los sistemas educativos para abrirse, integrar nuevas lógicas y legitimar aprendizajes reales que ya son posibles.

Quienes se resistan, quienes insisten en volver al pasado, en reconstruir ideas superadas quedaran atrás, inevitablemente descartados. Sus esfuerzos serán simplemente irrelevantes Y las políticas públicas que lo ignoren, están condenadas una vez más al fracaso.

Quienes, por el contrario, se animen en el nuevo camino y luchen por resignificar su rol podrán seguramente encontrar una segunda vida, una nueva oportunidad, en un ecosistema global de aprendizaje en permanente transformación. El cambio de época sugiere que incluso un sistema tradicional plenamente financiado puede resultar inadecuado si su diseño de base ya no responde a las lógicas sociales, tecnológicas y productivas vigentes.

Acelerar la transformación educativa requiere, por lo tanto, habilitar un ecosistema plural en el que convivan y se desarrollen modelos alternativos de aprendizaje y acreditación, capaces de tensionar, complementar y, en algunos casos, superar al modelo heredado, ampliando así las posibilidades reales de aprendizaje universal

Esta es la lección de nuestro Maestro, a quien hoy elegimos como nuestro presidente de Honor. No es, como dije, una distinción meramente honorífica. Es la expresión de un compromiso y una misión

Creo que todos creemos en el credo de Alberto Taquini. En ocasión de la sesión cerrada de nuestra Corporación, me anime a proponerle un credo que Alberto recibió con alegría y entusiasmo.

En esa ocasión les aclaro que yo no improvise. Simplemente propuse un credo que allá por 1943, enfrentándose al poder de turno, el maestro Bernardo Houssay anoto en una ficha que distribuía entre sus discípulos. ¿Qué rezaba ese credo, que llegó a mí de la mano de algunos de los protagonistas de ese periodo que he alcanzado a conocer?

Amor a mi patria

Amor a la libertad

Dignidad personal

Cumplimiento del deber

Devoción a la ciencia

Devoción al trabajo

Respeto a la justicia y a mis semejantes

Afecto a los míos, parientes, discípulos y amigos

Este es el lema de siempre. Sigue siendo el estandarte de combate de esta nueva empresa que asume este verdadero Ulises de la ciencia y la educación argentina que es Alberto Taquini (h).

Este personaje inmenso a quien una vez más le renovamos todos por unanimidad la seguridad de nuestro mayor aprecio y admiración incondicional. –

Discurso leído en el acto público celebrado en el acto de recepción del Dr. Alberto Taquini (h) como residente Honorario de la Academia Nacional de la Educación, el día 4 de mayo de 2026